

OCHO O NUEVE NUMEROS AL MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblantes, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID:—Tres meses 9 reales, seis 16 y un año 20.

PROVINCIAS:—Tres meses 10 reales, seis 18 y un año 24.

DIRECCION.—Caños, 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO:—Tres meses 15 reales, seis 28 y un año 54.

AMÉRICA:—Seis meses 38 reales y año 70.

FILIPINAS:—Seis meses 60 y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

CARTA DE LA GORDA.

Señores ministros: Malegraré que al recibir estas cortas líneas se hallen *ustedes* con la cabal salud que yo para mí deseo. Esta se dirige para decirles a *ustedes* como he *endeterminado* marcharme, porque ya estoy hasta el moño de oír hablar de mí. ¡Ave María Purísima! parece que no han visto *ustedes* gordas nunca. ¡Jesús! ¡qué ruido están *ustedes* metiendo con la gorda! Les digo a *ustedes* que me tienen ya *sofoed*, y que me marchó, no por *ustedes*, sino por la pobre gente que no tiene culpa de nada, y como *ustedes* me han levantado tanto falso testimonio, está *asustá* creyendo que me voy a comer a los niños crudos, y a los hombres con sombrero y gaban, y a las señoras con miriñaque y *tó*. Pero antes de marchar-

me, que me voy, como digo, no por *ustedes*, sino porque me conviene enflaquecer, para no estar expuesta a un ataque *aplopetico*, quiero decir lo que hay, y quién soy yo, y quién me ha traído.

Lo que hay es que no hay dinero, y que por eso están todos dados a los demonios, desde los *menistros* abajo, y todos quieren engordar a mi costa, y poniéndome a mí como de espantajo, para, como he dicho, engordar a mi sombra. Pues se llevan *ustedes* chasco, los *menistros* y los que no son *menistros*, y si lo fueran, lo harían tan mal como lo hacen todos, que no parece sino que tienen los que mandan hecha una apuesta a ver quién lo hace peor; y, aunque yo no soy leida ni *escrebida*, creo que sería una cosa muy dificultosa decir el día del juicio quién es el que más arrastradamente ha gobernado en mi tierra. Yo estoy ya muy *desengañá*: conmigo en-

gordan los gordos, y los flacos se quedan como espinas; yo hago el caldo gordo a muchos, y los que me sirven, los que pongo yo a disposición de los gordos no ganan, pongo por caso, mas que algun coscorron y no tener trabajo, y por consiguiente, verse en el caso de hacerse una cruz en la barriga porque no tienen que comer. ¡Jesús! ¡qué peste de gente! ¡siempre dale que le das con la gorda!... La gorda no soy yo: la gorda es el lio en qué está el país por *efeto* delos Gubernos; la gorda es la falta de tino para portarse bien en *tó* el mundo y dar a cada uno aquello que le corresponde; la gorda es el afán que tienen tantos señoritos que no valen dos cuartos, en vivir del *posupuesto* ó *prosupuesto* ó *sobrepuesto* ó *prosupuesto* ó *presupuesto*, ó como se diga; la gorda es la gran confusion que hay aquí, y en fin, y por último, la gorda es que todo el mundo



LA GORDA.

se mete á gobernar el país, cuando el que más y el que menos no sabe gobernar su casa. Me voy, me voy, no quiero que se diga que yo he venido á hacer y á acontecer, y no quiero que me suceda lo que me ha sucedido ya; que el año 54 salió la gorda, y el 56 salió otra vez, y ahora, á los diez años, estamos como si yo no hubiera hecho nada. He recapitado, y se quedan *ustés* sin gorda; y no se piensen *ustés* que me *najo* porque me ha *desafiado* el general, nó señor, porque lo que es á mí... todo el mundo sabe que á la gorda no la tose nadie,—sino porque, ¡vamos! que no quiero que nadie se divierta conmigo. Hace más de dos años que estoy en Madrid, y ya ha habido lo menos diez y seis *menistros*, empeñados en que salga á la calle. Narvaez se figuró que el 10 de Abril iba yo á salir á que me despacharan los *ceviles*; pero se llevó chasco, y ahora también oigo decir:— ¡Que salga la gorda! ¡que se presente la gorda! —Que se presente el demonio, digo yo, que mi gente, los pobres que tengo á mi disposición, no quieren que nadie se aproveche de ellos, y así tuvieran el trabajo y el bienestar que merecen y les proporcionara ambas cosas un Gobierno bueno, que no dejarían de alabarle y bendecirle.

Cabayeros, la gorda se vá, y ahí deja un Gobierno que no está á la *artura* de las *circunstancias*, y que ha sacado á relucir una gorda, que me deja á mí tamaña. Esta gorda del Gobierno es el *proyecto* de las autorizaciones, que el diablo me lleve si no es la gorda más gorda que se ha visto. Esa gorda y yo seríamos dos gordas, y francamente, dos gordas á un tiempo son demasiado peso para España. Conque, si no mandan *ustés* otra cosa, yo me ausento, me voy á Austria, que dicen que es buen país, y que puede que me convenga para dejar carnes, y pasen *ustés* este verano sin mí, y así quiera Dios que no venga á reemplazarme el gordo, el señor Cólera morbo, que es un gordo con quien el Gobierno no puede, pero que tiene poderosos enemigos en los *Amigos de los pobres*. La gorda y el gordo á un tiempo serían demasiada carga para un pueblo al que tan flaco han puesto *ustés*, y yo, aunque *hanga* malas lenguas que me *calunian*, no soy tan *inconsiderado* que quiera que aquí se fastidie todo el mundo, y todo el mundo reviente. Ahora me voy, pero temo que cuando vuelva; aunque venga flaca, me han de volver á poner gorda aquí, porque yo tengo una *constitucion*, sobre las muchas que han hecho los políticos, de tal naturaleza, que lo que á los demás enflaquece á mí me engorda; pongo por caso, la bilis me engorda, en lugar de ponerme amarilla, y así como *opila*, el hambre me engorda, el tenerme muy sujeta y no permitirme hablar ni *escribir* me engorda, y en fin, todo lo malo me engorda; y como aquí lo malo está más abundante que lo bueno, por eso engordo yo de esta manera, y merezco que todo el mundo, en lugar de llamarme por mi nombre, me llame la *Gorda*, que es, vamos al decir, un mote propio de la gente del bronce, y yo soy una señora, aunque me esté mal el decirlo, y para probarlo no tengo más que sacar una lista de mis *antes pasados*. Hay mucha gente que me ha venido á decir:—«Pero mujer, no se vaya V., quédele V. aquí con nosotros, que entre todos la pondremos á V. más gorda.»—Y como precisamente lo que yo quiero es no engordar más, que ya sería avaricia querer más carne, por eso me voy, y que engorde el demonio si quiere, que yo no estoy de ese humor.

Vaya, señores, si quieren *ustés argo* pueden mandar con franqueza, que ya saben que yo soy una mujer muy corriente; me voy, no sé cuándo *volveré*, pero ya *escribiré* en llegando. Expresiones á todos los políticos, y un besito á Julio César, ó sea Narvaez, y otro á Alejandro, que es O'Donnell, según mi compadre Hazañas. Y que no *haga nengun* aquel, me alegraré.

El que quiera engordar á mi costa, que se quede flaco, que yo estoy ya por sopitas y buen vino, y no me engaña nadie.

Abur.

COLECCION LEGISLATIVA

DE

EL CASCABEL.

VIAJES CIENTIFICO-POLITICOS.

Hoy se halla EL CASCABEL lleno de gozo, porque decididamente ha encontrado el remedio que deba curar esa picara gangrena que se denomina la política y el

Mama politiquilla. En su día, si se acepta nuestro descubrimiento, se pedirá el correspondiente privilegio. Nada más difícil, al parecer, que la curación de aquel mal, y sin embargo, hemos hallado la panacea donde hay antidotos para todos los venenos, entre las plantas del Jardín Botánico y las colecciones que se hallan allí á la exposicion pública. No queremos, siguiendo el ejemplo de la mayor parte de los inventores, guardar sigilosamente nuestro descubrimiento. Allá va, pues, para que se difunda, y se realicen, tanto la idea salvadora, como la ley que debe ponerla en práctica.

EL CASCABEL, como la mayoría de los habitantes de Madrid, ha leído la descripción del viaje, y admirado las varias é interesantes colecciones que han formado en sus viajes por América los profesores de Ciencias naturales, que acompañaron á la escuadra española en su marcha al Pacífico. El gozo que causa al público contemplar la exposicion que aun sigue abierta en el Jardín Botánico, es indecible. Allí no se oyen más que alabanzas para los nombres de los señores Paz, Amor, Martínez, Gimenez de la Espada, Isern y Almagro, y aun le tocan algunas de rechazo al ministro que dispuso la parte científica del viaje, y que tendrá ó ha tenido la suerte de recompensar los verdaderos ejemplos de saber, amor al país, sufrimiento, abnegacion y honrado cumplimiento con que han llenado su mision los indicados profesores. Nuestros lectores de Madrid que no conozcan aun la expresada exposicion, deben apresurarse á visitarla, y de seguro hallarán en ella una semilla que no se menciona en el catálogo ni se halla entre sus muestras y herbarios.

Esta semilla es la consoladora demostracion de que nuestro suelo produce hombres y frutos tan admirables y dignos en el terreno de las ciencias y las letras, como inspidos, agrios y detestables en el de la política y Administracion. Entrega á los primeros un puñado de monedas, y se les lanza á los desiertos de América; los que no dejan allí su existencia, victimas del clima, de las excesivas fatigas y de un celo que asombra, regresan á su patria después de sufrir todas las miserias, incluidas la desnudez, el hambre y hasta el desden de algunos funcionarios que representan en aquel mundo á la política española, y entregan á su madre patria el fruto de sus penalidades y ciencia en colecciones que valen cien y mil veces el corto auxilio que recibieron. Como contraste, reúnan VV. una comision de hombres políticos, y que se les de una cantidad de dinero, aunque sea muy grande, y veremos á qué lo destinan. Si se hallan en el poder, lo aplicarán á fundar periódicos que los alaben y defiendan, ó á ganar partidarios á cambio de destinos. Si se encuentran en la oposicion, dedicarán aquella suma á preparar acaso un pronunciamiento.

Discurriendo en esas tristes verdades andaba EL CASCABEL por entre las saludables arboledas del Botánico, cuando de repente le ocurrieron algunas ideas, que encierran su descubrimiento. Contesten VV. si ó nó á las siguientes preguntas:

¿Este país tiene hombres que sepan gobernar?

¿Los viajes instruyen?

¿Los hombres dados á la política son los que arman las zambras, pronunciamientos y desórdenes de España?

¿Los individuos de diferentes partidos políticos se detestan mutuamente?

¿Podrá nuestra España ser algo, ni disfrutar sosiego mientras reine la llamada política que hoy se usa?

¿Sería conveniente que los que se hallan dedicados á gobernar el país conociesen prácticamente la felicidad que disfrutaban los pueblos industriados y pacíficos, y la miseria y malestar de los que se hallan regidos por la arbitrariedad y la ignorancia?

¿Le sentarian mal á España diez años de reposo para la política, dedicando ese tiempo al fomento de la agricultura, de las artes y de las mejoras de los caminos y demás obras de utilidad general?

Vamos á otro orden de ideas. Representense VV. á todos los magnates de la política viviendo diez años bajo el mismo régimen, sufriendo las mismas penalidades y disfrutando las mismas emociones. Veán VV. como si fuese por los cristales de un estereoscopio, á todos los hombres que hoy se odian sentados en las verdes pampas de América, tal como describe el libro del viaje científico á los expresados profesores sentados alrededor de un almuerzo, menos suculto que aquel de marras, y unas veces cazando loros en Veracruz, otras admirando las industrias de los Estados-Unidos ó las magnificencias del Japon y de la India y las asombrosas montañas de hielo del Spiteberg; comparando las fórmulas gubernativas del sistema asiático con las nuestras, concluyendo nuestros hombres políticos por amarse como hermanos, adquirir la tolerancia, instruccion y virtudes políticas que les faltan, y de seguro dentro de diez años Madrid presenciaria el agradable espectáculo de verlos regresar dando el brazo un gran vicalvarista á un progresista, un moderado á un demócrata, un demócrata á un neo, etc., etc., volver, en fin, lo que se llama unos hombres de juicio, y llena su imaginacion de recuerdos agradables y de conocimientos, que aplicados á todos los ramos del Gobierno pudieran hacernos felices.

Conveniente parece, pues, aplicar al campo de la política el sistema cuyos resultados se han visto en el de las ciencias naturales. ¿Qué podíamos perder en ello?

EL CASCABEL tiene por consiguiente el gusto de formular su idea en el adjunto proyecto de decreto, compuesto de siete artículos, ni más ni menos que la ley de autorizaciones:

ARR. 1.º La nacion española tendrá navegando durante diez años, por todos los mares del mundo, un buque tan grande como lo exija el número de sus pasajeros, aunque sea preciso comprar el *Leviatan*, en el que caben 10,000 personas, en el cual viajarán para su instruccion los inclitos varones á quienes se confiará luego el Gobierno y Direccion de la cosa pública.

ARR. 2.º La expedicion saldrá desde luego al mar, y la comandarán todos los que han tenido la honra de ser ministros y directores desde la muerte de Fernando VII, los directores de algunos de los periódicos po-

líticos (EL CASCABEL dejará de serlo entónces), y los doce hombres más importantes de cada partido que, sin hallarse en los casos de los artículos anteriores, reúnan méritos bastantes para ser considerados como grandes y primeras entidades.

Para que no falte el elemento militar, formarán parte de la comision los que hayan sido primeros figurantes en cualquiera pronunciamiento.

ARR. 3.º El objeto de esos viajes será estudiar prácticamente la política y la Administracion aplicada á todos los pueblos: modificar las visiones y errores que puedan abrigar por falta de experiencia; darse á conocer en todos los países, aunque sea entre los salvajes, y aprender á tolerarse como hermanos y compatriotas, lo cual no será difícil cuando se vean alejados del país, sufriendo los mismos peligros y corriendo la misma suerte. Además, cada individuo procurará aprender, para distraerse, algun secreto procedimiento ó sistema que, aplicado á la agricultura ó á la industria, pueda ser útil á España, aumentar sus producciones, y sobre todo, dar ocupacion á sus habitantes.

ARR. 4.º Sin perjuicio del reglamento especial que rija á bordo, celebrarán diariamente una sesion de cuatro horas, y en ella practicarán los comisionados, por riguroso turno, el sistema charlamentario, es decir, que podrán hablar cuanto gusten precisamente sobre política, cada uno según su opinion, sin necesidad de votaciones, tribunas ni taquígrafos. Con ello no perderán la costumbre de mover la lengua, y si eso concluye por fastidiarles, conocerán en 10 años lo que el país lleva sufriendo en triple tiempo. Para que no se pierdan las prácticas periodísticas, llevará la comision una imprenta donde diariamente se publicará un gran periódico, con artículos sobre la vida que hacen sus redactores, lo que ven, lo que aprenden útil, y las modificaciones que experimenten en sus opiniones tercas é intransigentes. Este periódico se amoldará á un género de lectura agradable, y será tanto más grato si contiene incidentes rasos y peligrosos propios de los países poco conocidos, amen de las narraciones que alaben y ensalzan la vida de los pueblos que se dedican más al trabajo que á la política.

ARR. 5.º De este periódico se harán ediciones en todas las provincias de España, para mayor gloria de sus redactores, y se repartirá á los hombres políticos que se hayan quedado por aquí, que tendrán obligacion precisa de suscribirse.

ARR. 6.º Los ministros actuales, que necesariamente formarán parte de la expedicion, dejarán como suplentes á individuos que no hayan legislado nunca, pero que sean de conocida laboriosidad y grandes conocimientos.

ARR. 7.º Durante dichos 10 años, la expedicion no podrá tocar en la Peninsula: tendrá, como los profesores del Pacífico, que atravesar modestamente todos los continentes por tierra, y no se dará entrada á su regreso á individuo de ella que no acredite amar sinceramente á su patria, y que no se horripile al oír las palabras partido, comite, club, pronunciamiento y las demás del diccionario de esa gran comedia que se denomina la política.

En otro número daremos una muestrita de los resultados que produciría esta idea.

EL LUJO DE LOS HOMBRES.

Mucho se habla del lujo y de los males que produce; pero al hablar del lujo, se incurre casi siempre en una gran injusticia.

El lujo se atribuye particularmente á las mujeres, y á esta preciosa mitad del género humano se la quiere culpar de un vicio que no es de las mujeres, sino de la sociedad toda, y si se va á ver, de los hombres más que de las mujeres.

EL CASCABEL, que no se casa con nadie, y aunque se casara no iría á casarse con ningun hombre, que se ha propuesto defender lo que sea justo y conveniente, y enaltecer á quien lo merezca, y censurar al que no vaya por el buen camino, y deshacer lo que juzgue errores, sin dejar de intentar reconocer los suyos cuando se les prueben, va á probar hoy, como tres y dos son cinco, que el lujo de las mujeres ni es tan costoso ni tan perjudicial y de tanta trascendencia en la sociedad y en la familia como el lujo de los hombres, que son unos grandes cuocos, que atribuyen á las pobrecitas mujeres vicios y defectos que ellos tienen mucho más arraigados, siendo responsables, aunque no quieran, de los suyos y de los de aquellas, porque el lujo de las mujeres no sería tan escandaloso si ellos quisieran y dieran el ejemplo.

¿En qué consiste el lujo de las mujeres? En trajes y alhajas. ¿Y el de los hombres? En lo mismo, y en otra infinidad de cosas.

Las mujeres quieren parecer bien, y siendo este un deseo muy natural, es muy disculpable que lo procuren. Acaso están en un error, creyendo que una tela muy rica y una joya de subido valor las embellecen más que un traje modesto y sencillo, y una flor en los cabellos, ó simplemente un peinado gracioso; pero este error nace de los errores y las preocupaciones sociales, y de la manera de ser de esta sociedad, pagada de exterioridades, en la que se da el mejor lugar á quien más parece, y no á quien más merece.

Hay mujeres locas que obligan al esposo á gastos crecidos, que no puede soportar porque no tiene suficiente renta ó sueldo para atender á las necesidades perentorias de la vida y á las necesidades del lujo; pero estas, que están en minoría, dicho sea en honor del bello sexo, tienen por lo regular la desgracia de dar con maridos débiles ó de poco caletre, que en vez de poner orden en la casa y refrenar el desordenado apetito de ropas, joyas, y zarandajas de que están poseídas sus esposas, son complacientes y callan, ó adquieren la mania misma de sus compañeras, en cuyo caso el marido y la mujer se parecen á dos ciegos que por un sitio desconocido quisieran guiar uno á otro; ambos caerían al mismo tiempo.

Un marido amante de su mujer y de la tranquilidad, y honrado y buen pagador, no va en sus gastos más allá de sus ingresos, y resiste á la tentación del lujo, y halla, si á su mujer le gusta el lujo, medios sobrados para que al fin le sea indiferente, si no le es odioso.

Una mujer tiene el lujo que su marido quiere que tenga, y así como cuando se tiene una gran fortuna el tener lujo no es un mal, sino un bien que aprovecha á la industria y al comercio, cuando se tiene una fortuna modesta ó carece de ella por completo, es un mal, que no solamente daña á la familia que cae en ese verdadero abismo, sino que sirve de lastimoso ejemplo, y puede, como la peste, contagiarse y perder á muchas familias más.

Pero hablemos del lujo de los hombres.

Los hombres, en cuanto á lo de gastar en trajes y joyas y chucherías de mucho precio, nada tienen que echar en cara á las mujeres. Hombre hay, sin más fortuna que la azarosa del juego, que tiene un tocador más coquetón y mejor surtido que el de una jamona que no quiere pasar de veintiseis años en toda su vida. Viejo verde hay que gasta en afeites, corsé, pastillas del Serrallo y ropa, la fortuna, que debía ser para alguna hija olvidada en un colegio en París, que se encontrará luego sin fortuna y con las mejores disposiciones para gastar, no una, sino dos ó tres fortunas.

Hay algún padre de familia que escatima en su casa lo más preciso, y gasta fuera de casa lo suyo y lo ajeno. Un hombre olvidado de sus deberes, y que quiere lucirse, gasta en sostener el lujo de mujeres mercenarias y aventureras, sin vergüenza; esta es un lujo que las mujeres no tienen. Y como la sociedad es hoy tan desprecupada, y mira como cosas corrientes las que nunca debieran tolerarse ni celebrarse, de aquí que ya nadie se extraña de que un hombre casado tiene otras obligaciones que las que le impone su estado, únicas sagradas, únicas que debe atender, y á las que debe consagrar con el mayor afán todo, absolutamente todo el fruto de su trabajo.

Rara es la mujer que por satisfacer la pasión del lujo arruina á sus hijos; muchos son los hombres que por el lujo del juego, por el lujo de las mujeres, de los trenes, de los viajes, y aun por el lujo de la política, que es otro lujo, arruinan á sus mujeres y á sus hijos.

En muchos casos, el hombre, el marido, que debe guiar á su mujer por el camino de la prudente economía, la lleva por el camino del lujo, para satisfacer su vanidad y su deseo de figurar en una esfera en la que no le permiten figurar sus recursos; pero hay que parecer mucho y á esta necesidad se sacrifica todo.

El lujo de las mujeres se explica por el deseo de agradar, por una vanidad pueril y disculpable hasta cierto punto. El lujo de los hombres no tiene disculpa alguna, como que es siempre vicio, y vicio repugnante y de grandes y lastimosas consecuencias para el bien de la familia en particular, y de la sociedad en general.

Este asunto servirá de base á los artículos sucesivos que hemos de escribir acerca del lujo de los hombres y del de las mujeres.

HISTORIA DE UN HOMRBE HONRADO.

Hará unos cuatro años que tuve ocasión de conocer á un hombre, tan digno de admiración como de lástima.

A poco tiempo de conocernos, ya nos profesábamos una amistad perfecta, un cariño entrañable.

Las cualidades de aquel hombre hacían imposible el que se le tratara con indiferencia.

Mi amigo se llama — porque, aunque alejado de la corte, vive todavía, — Carlos de... el apellido no hace al caso. Contentémonos con saber que mi amigo se llama Carlos.

Es uno de esos hombres que llevan retratada en el semblante la bondad de su corazón, y que solo se parece en la figura á una gran parte de los que pueblan esta inmensa Babilonia que se llama mundo.

Mi amigo es un hombre honrado.

Pero honrado en la verdadera acepción de la palabra.

No tiene nada de esa honradez dudosa y aparente, que es el blanco muchas veces de la murmuración y de la calumnia.

Es religioso, sin ser hipócrita.

Cariñoso, sin afectación.

Caritativo, sin vanidad.

Desgracias de familia y disgustos de todo género, formaron el carácter de Carlos.

Llegó un día en que mi amigo se encontró solo en el mundo, y entonces tuvo que trocar la carrera de abogado á que se dedicaba por un modesto empleo que le permitiera cubrir sus más precisas necesidades.

Carlos era pobre: carecía por completo de bienes de fortuna, y solo poseía un hermosísimo corazón. Eso sí, el corazón de Carlos valía un tesoro.

Pero en la Bolsa del mundo hay muchos valores que no se cotizan, porque no sirven para nada.

¡Son tan pocas las personas que en este siglo de especulación y de agio se detienen á reparar en la pureza de los sentimientos!...

Pues como decía, Carlos era pobre, y su pobreza le hacía desgraciado, porque algunos meses después de ser colocado por el Gobierno en una de las Direcciones de Hacienda, contra obligaciones sagradas que no podía desatender.

Mi amigo se había casado con la mujer que llenaba todo su corazón, y de la cual en la época en que nos conocimos, tenía dos hermosísimos niños, que eran á la vez el tormento y la alegría de sus padres.

En la tristeza de aquella excelente y desgraciada familia estaba impreso, sin embargo, el sello de una profunda y santa resignación.

¡Qué sería de los pobres si no contaran con otra esperanza que con la que les ofrece el mundo!...

II.

Carlos y su familia vivían en un pequeño sotabanco en la calle de Amaniel, porque el sueldo de mi amigo solo se elevaba á 4,000 rs., y con doscientos duros al año no hay, como vulgarmente se dice, ni para agua.

En aquella habitación encontraba, no obstante, un encanto particular, debido sin duda á que la pobreza pierde una parte de su aspecto desconsolador, cuando nos revestimos de valor suficiente para mirarla cara á cara en vez de acobardarnos.

Allí no había objetos de valor ni muebles preciosos; pero era tal el aseo que se advertía por todas partes, y tal el orden en la colocación de cuanto constituía el ajuar de tan modesta vivienda, que no podía uno menos de experimentar un sentimiento de respeto y de admiración, muy semejante al que, por lo regular, hace brotar en nuestros corazones todo lo grande y todo lo noble.

El ambiente que allí se respiraba, era el ambiente de la virtud.

A Julia, — que así se llama la mujer de mi amigo, — se debían todos aquellos milagros.

Julia era el ángel bueno que extendía sus alas en el sotabanco de la calle de Amaniel.

Carlos amaba con verdadero delirio á su mujer, y estaba tan penetrado de lo mucho que valía su Julia, que su mayor tormento consistía en no poderla rodear de toda clase de felicidades.

Julia era el tema obligado de todas sus conversaciones, y el objeto constante de su ambición y de sus deseos.

Porque mi amigo tenía ambición, mucha ambición. ¡Con qué placer, si hubiera podido disponer de un trono, le hubiera depositado á las plantas de su virtuosa compañera!...

Peró la ambición de Carlos no podía ser, ni más noble ni más legítima.

Era una ambición que tenía mucho de gratitud.

Recuerdo que un día en que, como de costumbre, me hablaba Carlos de sus apuros y de sus penas, concluimos por entablar el diálogo siguiente:

— ¡Ay, chico! — me decía mi amigo, — ¡cuánto tengo que agradecer á Dios por haberme deparado una mujer como Julia! sin ella no podría vivir: ella es el alma de mi alma.

— Eso consiste, — añadí yo, — en que Julia te comprende y te admira.

— ¡Qué disparate!... Yo soy el que admiro á mi mujer sin comprenderla.

— Parece que gozas en atormentarte.

— No puedo desear de mi la idea de que, si Julia es desgraciada, soy yo quien tiene la culpa de su desgracia.

— ¿Tú?... ¿Y por qué?...

— Porque no debí nunca hacerla participar de mi triste suerte.

— ¡Carlos!...

— ¡Compadéceme!... ¡Soy muy desgraciado!...

— Estás ofendiendo á Dios, y eso que tú mismo confiesas que tienes mucho que agradecerle.

— Es cierto, — añadió mi amigo con voz apenas perceptible.

Después enmudeció y le contemplé por un momento, profundamente pensativo. Yo también me sentía dispuesto á la meditación, y pensé en los caprichos de la fortuna, y en las desgracias de aquel hombre, tan digno de mejor suerte.

Carlos levantó, por fin, la cabeza, y después de dejar escapar un ahogado suspiro y de sonreír de una manera cariñosa y amarga á la vez, me dijo:

— ¿Tú crees que yo no tengo razón para quejarme?

— Creo, — le contesté, — que no puedes vivir alegre y satisfecho: te juro que tal es mi creencia; pero del sentimiento natural ante los sinsabores de la vida, á esa especie de desesperación que, con mucho pesar mío, veo apoderarse de tí, hay una gran distancia.

— ¡Oh!... sin duda no reflexionas...

— Sé ya lo que vas á decirme. Mejor será que no me interrumpas, porque solo llegando al fin de lo que me propongo decirte conseguiremos entendernos.

Carlos hizo un signo con la cabeza en señal de asentimiento, y yo proseguí:

— Tú, que siempre te has mostrado fuerte ante los rigores de la desgracia: tú, que en más de una ocasión, y en mi misma presencia, has acatado y bendecido la voluntad de Dios, ¿por qué desde hace algún tiempo te entregas á ese doloroso abatimiento que te consume y te mata? ¿Ignoras acaso que hoy eres muy necesario á tu mujer y á tus hijos?

— ¡Necesario yo?

— Si, amigo mío... Tú confiesas que no podrías vivir sin Julia, y es preciso que comprendas que Julia no podría vivir sin tí. Hay momentos en la vida en que nos quejamos de la Providencia, y nuestras quejas no siempre son justas. En este mundo no hay nada completo, y si Dios no te ha dotado de bienes de fortuna, te ha dado en cambio, para tu consuelo, una mujer que te adora y que solo trata de hacerte dichoso.

— Todo eso es verdad, y yo soy el primero en reconocerlo; pero por lo mismo que es verdad...

— ¿Sientes no poder recompensar á quien tanto merece?...

— Si.

— Nada más natural, y eso te favorece sobremedera, porque es la ambición de todo hombre honrado y pundonoroso; pero puedes estar seguro de que Julia, que comprende la rectitud de tus intenciones y la bondad de tus sentimientos, no te cambiaría por un potentado.

— Mucho me lisonjea creerlo así, y... lo creo.

— Te atreverías á dudar?...

— No, no dudo.

El acento de mi amigo revelaba en aquel momento una profunda convicción.

Yo, sin embargo, añadí:

— ¿Te ha hecho sospechar alguna vez?...

— No continúes...

— ¿Pues entonces?...

— Te diré más: no la he visto nunca tan alegre ni tan cariñosa conmigo como un día en que no comimos otra cosa que un poco de pan, que á propósito habíamos guardado de la noche anterior.

Al oír aquello, confieso que casi envidié la suerte de Carlos.

Hay rasgos tan magníficos, que no es posible llegar á saber todo lo que valen.

Comprendí que era conveniente no seguir la conversación, y aprovechando la oportunidad que se me presentaba, exclamé:

— Indudablemente, tú has nacido para ser feliz: ten confianza en Dios, que es el que ha de hacerte, por intercesión del ángel que tienes en tu casa, y en un día, no lejano quizá, tan dichoso como mereces serlo.

Carlos pagó con un apretado abrazo la consoladora esperanza que le ofrecía mi sincera amistad, y cuando nos separamos me pareció dejarle resignado y tranquilo.

III.

Una tarde, algunos días después del en que tuvo lugar la conversación que acabo de referir, subía yo la penosa escalera que conducía á la morada de Carlos, á la hora en que acostumbraba á comer aquella interesante familia.

Empezaba á dominar el último tramo, cuando se abrió la puerta de la habitación de mi amigo, dando paso á Julia que, al verme, no fué dueña de reprimir un exclamación de sorpresa.

— ¿Se ha asustado V.? — dije yo sin acabar de subir los pocos escalones que me faltaban.

Julia se ruborizó ligeramente, y exclamó:

— Asustarme, no; pero francamente, no pensé encontrarme con V.... Creí que era Carlos.

— ¿Cómo es eso?... ¿No ha venido á comer todavía?

— No, señor, y hace ya más de media hora que le aguardo, y por cierto con alguna impaciencia.

En el tono con que pronunció Julia las últimas palabras, había algo extraño que excitó desde luego mi curiosidad. Disimulé, sin embargo, y después de estrechar afectuosamente la mano que me tendía la mujer de mi amigo, penetramos en aquella humilde y aseada vivienda.

Dos niños, rubios como los rayos del sol, y encarnados como las amapolas del campo, abandonaron sus juguetes inmediatamente que se apercibieron de mi presencia, y corrieron á abrazarse á mis rodillas.

No concebí nada en el mundo tan encantador ni tan inocente como el encanto y la inocencia de los niños.

Julia fijó una mirada de madre en aquellas hermosísimas criaturas, y dirigiéndome una sonrisa llena de gratitud, al ver que acariciaba á sus hijos, me dijo:

— Yo, con el permiso de V., voy á seguir trabajando, porque los pobres no tenemos tiempo que perder.

Y bajando la voz, como si temiera ser oída, añadió:

— Esta noche debo entregar dos camisas....

— Pues no faltaba más, — repuse yo interrumpiendo á Julia. — V. está en su casa, y por otra parte, yo no puedo ni debo oponerme á una exigencia tan justa.

Julia me dió las gracias con un ligero movimiento de cabeza, y fué á sentarse delante de una mesita colocada debajo de una ventana entreabierta, por donde penetraban los últimos rayos del sol.

Dos vasos con flores, situados en los extremos de la mesa, impregnaban el ambiente que allí se respiraba.

Aquella interesante y cariñosa madre continuó su interrumpido trabajo, no sin dejar de prestar atención á cuantos ruidos se oían por la parte de afuera, y yo seguí jugando con los niños, que no me abandonaban ni un solo momento, ni dejaban tampoco de disputar sobre cuál había de ser el primero que se subiera sobre mis rodillas.

Largo rato permanecimos así, hasta que Julia, como asaltada por un remordimiento, suspendió la labor, y me dijo:

— Creo que estoy obrando mal con V.: V. es nuestro mejor amigo, y Carlos le quiere á V. como á un hermano. No hay, pues, motivo para que le oculte á V. por más tiempo la causa de la impaciencia y del sobresalto en que estoy.

— Ruego á V. que se explique, — añadí yo, — porque de lo dicho por V., hasta ahora solo he comprendido que debo estar altamente satisfecho del empleo que he dado á mi amistad.

— Doy á V. un millón de gracias, y voy á explicarme.

Ayer tarde se presentó en casa un hombre que me era completamente desconocido, preguntando por Carlos, á quien, según dijo, tenía que hablar de un asunto de la mayor importancia.

Advertido por mí de que Carlos no se hallaba en casa en aquel momento, pero que si gustaba podía pasar á descansar y á esperarle, repuse:

— Dentro de media hora tengo que hacer en otro sitio, y por lo tanto no puedo detenerme; pero hágame V. el favor de entregar esta tarjeta á Carlos, diciéndole al mismo tiempo que mañana después de las cuatro estará en casa, y que le ruego no deje de ir á verme.

Tomé la tarjeta que me presentaba mi desconocido, y éste prosiguió:

— Se trata, señora, de un verdadero negocio, de un negocio colosal, que permitirá á su esposo de V. cambiar el miserable empleo que hoy desempeña por una colocación que dará á VV. lo suficiente para vivir con completo desahogo y con entera independencia. Tratándose de hacer la felicidad de alguno de mis amigos yo no podía olvidarme de Carlos, que ha sido mi condiscípulo y mi amigo de la infancia, y las amistades de la niñez no se olvidan nunca.

(Concluirá en el número próximo.)

LAS ROSAS.

Floridos pebeteros son las rosas que olor despiden en la noche umbría, donde esperan las vagas mariposas, del vuelo descansando, un nuevo día.

Otras hay que al abrirse en la pradera no perfuman del céfiro las alas, donde en cambio pintó la Primavera, con más vivo carmin, más ricas galas.

Su aroma embriagador, sus tintas rojas, envidia de las flores del granado, proclaman a la rosa de cien hojas sultana del jardín, reina del prado.

La blanca de candor es el emblema, y a la casta azucena entrelazada, de las vírgenes teje la diadema para entrar en la cénica morada.

Mas tú, niña, a tales rosas las vences y las humillas con otras más primorosas, las que asoman ruborosas a tus candidas mejillas.

Sembradas por el candor, al contacto de un suspiro las fué entresbriendo el pudor, y suben más de color a medida que las miro.

Rosas hay que solo viven lo que las luces del día; si al alba vida reciben, casi nunca sobreviven de la tarde a la agonía.

Rosas hay que, junto al leve manto de hojas purpúreas, muestran tanta espina aleva, que el aura apenas las mueve por no dar con las espinas.

Mas aquellas que colores dieron a tu linda cara, no adivinan los dolores que en sus hermanas las flores punzante espina causara.

Ni tan efímeras son, ni del tiempo la inclemencia acorta su duración; viven toda una estación: la estación de la inocencia.

Cúdalas, niña preciosa, con tus lágrimas las riega, y escóndelas presurosa si ves que a flor tan hermosa un vil gusano se llega.

No olvides que sus primores los leves soplos deshacen y que no, cual otras flores, su belleza y sus colores bajo un sol nuevo renacen.

No olvides que la presencia del candor es su embeleso, viva luz que les da esencia, y que ese sol de inocencia se nubla al sentir un beso.

MELCHOR DE PALAU.

CASCABELES.

No se cansen VV., la cartera de Hacienda no se provee. Antes hay que proveer la Hacienda, porque nombrar ahora a cualquiera ministro de Hacienda, es como si a mí me nombraran portero de la Puerta del Sol.

Segun se anuncia en un periódico, a 6 rs «con chocolate y dos comidas se admiten huéspedes en cierta casa.»

Vean VV. a quién hacía yo ministro de Hacienda, al patron de esa casa.

Charadita del número anterior.

[Ay! señores, francamente, lo que es para hallar marido, peor tiempo que el presente yo nunca lo he conocido.

Una soltera que no lo es por su gusto.

Al mismo tiempo que la exposición, se inaugurará en París una plaza de toros el año que viene. Precisamente lo que menos falta hace.

¿No tenemos cosa mejor que llevar a París que corridas de toros?

¿Por qué no se deja entrar en los Campos a la conclusión de las funciones del Teatro mas que a los carruajes particulares?

Los privilegios son siempre odiosos, y la empresa de los Campos debe dar las mismas comodidades a los que tienen coche propio, que a los que lo toman por horas ó carreras, ó como les dé la gana.

Pues señor, se habla de tantos ministros y tantos ministerios probables, que nos parece muy del caso presentar el siguiente, por si sirve:

Presidente sin cartera. EL CASCABEL. (Nosotros siempre tan modestos.)

Estado.—El portero de mi casa, que se idem esta semana, y toma estado, por consiguiente.

Gracia y Justicia.—Caltañazor.

Fomento.—Una viuda que conozco yo con once hijas, todas hembras.

Marina.—Nocedal.

Hacienda.—El inventor del aceite para hacer crecer el pelo.

Ultramar.—El tendero de la esquina, muy práctico en géneros ultramarinos.

Guerra.—La suegra del sastré del portal, que ha saeado ya el ojo izquierdo a su yerno, y el derecho a su cuñado.

Un remedio para que no haya jarana. Hacer ministros a todos los hombres llamados políticos, dando a cada uno los seis mil duros y el coche correspondiente.

Charadita.

La primera y la tercera ha tiempo tengo el gaban, porque la tercera y prima, que es un solemne animal, una tarde descuidado me cogió, hallándome allá en la fuente de segunda con prima, que fui a pasar un ratito de jolgorio en gracia de Dios y en paz, con el todo, que es mi amigo y le gusta bromear.

Ha comenzado a publicarse un periódico titulado *La Ley*, dirigido por el señor Valero Tornos. Este periódico se ocupa en cuestiones jurídicas, y merece que todos los abogados del mundo se suscriban, con lo cual se hará rica la empresa, y Dios se lo aumente.

La escuadra que opera contra los chilenos y peruanos, se está conduciendo de una manera admirable. El Gobierno propondrá en su día merecidas recompensas para aquellos bravos marinos, y el pueblo, por su parte, algo debe hacer también en honor de quien así mantiene nuestro decoro.

El inspector señor Jadraque, tan conocido en la prensa, ha recogido en los cafés unas cuantas fotografías obscenas, que vendian ciertos comerciantes de poca conciencia.

Bien ha hecho el señor Jadraque, y le felicitamos por este servicio en pró de la moralidad. A esos industriales que venden esas estampitas, se les debía poner a la sombra por unos cuantos días.

Cierto general, que tiene una gran reputación de avaro y otros excesos, tuvo una vez que reunir en una comida a los oficiales de la guarnición de cierta capital de provincia.

El banquete no fué cosa mayor, por supuesto, y después de los postres, el general preguntó a los oficiales: —¿VV. tendrán todos costumbre de tomar café después de comer?...

—Sí, señor general, dijeron todos. —Pues bien, repuso, yo no soy ningun tirano, y hoy no les detengo a VV. Pueden irse a tomar café donde tangan por conveniente.

¿Qué es lo que hace el Gobierno para que el cólera, si vuelve, que Dios quiera que no vuelva, nos encuentre prevenidos?

Todo el mundo se hace esta pregunta. Pero desgraciadamente estamos en las mismas ó peores condiciones que el año anterior para recibir a ese huésped.

Esta sí que es la gorda, señor Gobierno. Al cólera no se le puede formar consejo de guerra ni fusilar, pero se pueden disminuir su fiera y sus estragos con muchas precauciones, y mucha limpieza, y mucho cuidado con los pobres.

Pero si, si, predicame, padre, que por un oído me entra y por otro me sale.

El redactor de *La Democracia*, señor Ramirez, que tanto tiempo ha estado preso, ha sido absuelto libremente y puesto en libertad. Celebremos muy mucho este resultado, y felicitamos al escritor, aunque para verse libre, al fin ha tenido que ser cautivo mucho tiempo.

En otro número nos haremos cargo de los que contra EL CASCABEL formula un ilustrado periódico, fundándose en que EL CASCABEL no pertenece a partido alguno.

¡Vean VV. que falta nos han puesto!

Hemos tenido ocasión de ver la primera entrega de *Los hijos del trabajo*, novela que escribe el conocido autor demócrata señor Altadill, y que publica el editor señor Lopez, en Barcelona. La edición es magnífica; del mérito de la novela, como el lector comprende, no se puede juzgar por una entrega. Cuando la hayamos leído completa, emitiremos nuestro juicio.

Son tantos los geroglíficos, charadas y logogrifos que se nos remiten, que nos es imposible complacer a todas las personas que nos favorecen. Entre los originales de ese género, elegiremos los mejores, y los iremos publicando según podamos.

GEROGLÍFICO.

OPRE

DOS ABISMO 2

ANUNCIOS.

En Valdemoro, a tres cuartos de hora por El ferro carril del Mediodía, se vende una de dos casas, la que más convenga ó guste al que desee adquirirla, lindando la una, por los tres aires, con la casa principal de doña Luisa Gaviria, única que queda ya en toda la manzana, y la otra en la calle Cuesta de Piedra. Para enterarse de ellas, pueden avistarse con Vicente San Justo, que vive en el referido pueblo, calle Grande, núm. 14, y para tratar de ajuste, con el propietario, que vive en esta córte, calle Mayor, núm. 117, cuarto bajo izquierda.

Papeles.—Interesante a los almacenistas de papel, libreros y litógrafos.—En el acreditado establecimiento de los señores don José Gil y hermano, siguen fabricándose, con especialidad, sobres para cartas.

Dichos señores ponen en conocimiento de sus numerosos comitentes, que acaban de establecer en grande escala la fabricación de libros y cuadernos rayados, a precios sumamente económicos.

En dicho establecimiento encontrarán como siempre un numeroso surtido de papeles continuos de escribir, de las mejores fábricas de España y extranjeras, así como también un completo y variado surtido de objetos de escritorio, dibujo y litografía.

También hay un completo surtido de papeles de hilo de las mejores fábricas de Cataluña.

Unico depósito en España de los polvos para hacer la Reina de las Tintas; el kilogramo vale 28 rs. Este establecimiento está dedicado exclusivamente a la venta por mayor a Madrid y las provincias de España. Para más pormenores dirigirse a dichos señores, calle de Santa Clara, 2, Madrid.

Realizacion de los generos existentes en el comercio del Relój, plazuela de Santo Domingo, número 18.—1,000 piezas de lanas de todas clases, en negro y colores, propias para viajes y paseo, desde real 1/2 a 14.—Madapolam, clase superior, a 2 1/2 y 3 rs.—Linós a 2 reales, y percalina a real 1/2.—Pañuelos de barech, desde 12 a 30 rs.

Existen infinidad de géneros, que es difícil enumerar, en todos los que se ha hecho una gran rebaja.

NOTA. Se advierte que dicho establecimiento es el inmediato al portal de la misma casa, núm. 18.

parece increíble pero es verdad.—Las circunstancias.—Levitas y americanas de tela de verano, de hilo y algodón a cuadritos, al increíble precio de 8 y 10 rs. una. Pantalones, puro hilo crudo, a 15. Dichos dril inglés, rayas y cuadros, a 20. Sacos ó paletós de lana, clase superior, y chaqués para caballeros, su coste 8 y 10 duros, se dan a 80 y 90 rs. uno (la hechura cuesta más). Pantalones, lanilla superior y elegante hechura, a 40 rs. Chalecos de idem a 20, y todos los demás géneros anunciados y de los que el público se aprovecha también. Además, damos por cada 20 rs. de compra una papeleta con opción a tres magníficos regalos, que están expuestos al público en la gran liquidación, calle de San Martín, núm. 8, tienda, frente al cuartel de la Guardia civil.

NOTA. Atendiendo al precio reducidísimo de las levitas y americanas de 8 y 10 rs., y a la mucha gente que nos favorece, no se prueban ni cambian, pues solo la tela deshecha vale más. Quedan pocos mozambiques de real y medio vara.

Vinos Medoc de la Rioja, Alavesa y Castellana. Son frescos, ligeros, abren el apetito, y tienen todas las demás cualidades más apreciables del buen Burdeos; por esto y por su completa pureza no tienen rival como vinos de pasto, especialmente para las personas de vida sedentaria ó salud delicada. El superior de Alava (de 4 años) 6 rs. botella; el de Castilla (de 4 años) 5 rs., y Clarete (de 2 años) 4 rs. Se abona un real por casco. Bodega Riojana de D. G. Torrecilla, Carrera de San Gerónimo, 11. Hay otros vinos selectos, y también licores, nacionales y extranjeros, a precios fijos muy arreglados.

Ponita ocasion para comprar muy barato.—Se desean realizar 20,000 piezas de lanas, alpacas y mozambiques de mucho gusto y elegancia, a los precios siguientes: Mozambiques, a 2, 2 y medio, 3, y 3 y medio reales, todos con mucho brillo y mejor clase. Alpacas, fondo blanco, listadas, novedad en todos colores, a 4 rs. Granadinas lisas, en varios colores, a 3 y medio. Madapolanes desde 2 y medio rs. en adelante. Percalinas desde real y medio, y linones de forros, a 2 rs.

Lo que se anuncia al público por si desea verlo, que, solo por realizarlo en pocos días, se vende tan barato. Plaza de Santo Domingo, núm. 18, comercio de Ortiz.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de EL CASCABEL, A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.